

Guillermo Díaz-Plaja: «Sobre el dinamismo en la escultura (Subirachs, 1963-1968)», *La Vanguardia Española*, 19 de junio de 1968, p. 15

(...) Tengo sobre la mesa el catálogo de la obra escultórica de Josep Maria Subirachs durante el quinquenio 1963-68, que acaba de imprimir la Sala Gaspar. Subirachs es un nombre resonante, y no voy a descubrir sus hallazgos, desde el tratamiento mezclado de materias insólitas a la original noción de «magnitud» que se registra en muchas de sus obras. Lo que quería añadir, prosiguiendo el hilo de ideas que he empezado a devanar, es que lo verdaderamente revolucionario en su obra es la inserción de la noción de movimiento en sus esculturas más representativas. Atención. No se trata de moldear un «momento» de una figura que se mueve. El arte barroco y, en algunos momentos, el románico, aportaron esta idea: un friso de ángeles del siglo XVII o una danzarina del XIX han sido mil veces «sorprendidos» en una «instantánea» que convierte en permanente una actitud etérea o volandera. Atención. Lo que Subirachs consigue es otra cosa.

Tomemos tres piezas suyas de 1967: la *Venus* de Peñíscola, en piedra, *La mirada* y *La creación de la mujer*, en bronce. Se trata, en estos ejemplos, de convertir tres molduras geométricas de un friso arquitectónico horizontal en tres relieves hermanos: dos torsos y un rostro. La impávida frialdad de la geometría del mármol se termina, en un extremo con la caliente curvatura de un ser humano. El artista pasa, pues, de lo inerte a lo vivo, de lo estable a lo dinámico. De lo eterno a lo temporal.

Este modo de operar es tan interesante porque destruye, como dije al empezar, la noción previa que atribuye a la arquitectura la reposada impavidez de lo mineral.

Por el contrario, la escultura de Subirachs nos restituye la idea de la Creación, según la cual Dios mismo creó al primer hombre moldeando un poco de barro. De análoga manera, en su obra, la noción de existir en el tiempo —la noción de vida— va emergiendo del mundo mineral. Y lo que garantiza el sentido humano de una obra —literaria o artística— es la noción de lo temporal, la conciencia del devenir presionando nuestras almas. De ahí que el tema del tiempo, la idea de las formas sucesivas esté tan presente, y tan originalmente conseguido en la obra escultórica de Subirachs.

Su secreto último está en la inserción de líneas orgánicas en la materia inorgánica. Y bien, ¿no es este el secreto último de lo que tiene de vivo y de palpitante el arte de Gaudí?